

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

BLASONES Y TALEGAS

ARREGLO TEATRAL

EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CINCO CUADROS,

de la novela montañesa de este título

ORIGINAL DE

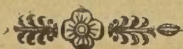
Don José María de Pereda

POR

EUSEBIO SIERRA

con música del maestro

RUPERTO CHAPÍ



MADRID

FLORÍN, S, BAJO

1901

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRÁS

N.º de la procedencia

1439

BLASONES Y TALEGAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BLASONES Y TALEGAS

ARREGLO TEATRAL

EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CINCO CUADROS,

de la novela montañesa de este título

ORIGINAL DE

Don José María de Pereda

FOR

EUSEBIO SIERRA

con música del maestro

RUPERTO CHAPÍ

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 16 de Marzo de 1901



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—
1901

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

VERÓNICA.....	SRTA. PRETEL.
TOÑA.....	PINO.
DON ROBUSTIANO.....	Sr. RODRÍGUEZ,
TORIBIO	RAMIRO.
ANTÓN.....	MESEJC (E.)
DON RAMIRO.....	MESEJO (J.)
EL ALCALDE.....	ONTIVEROS.
EL MAESTRO.....	CARRERAS.
GORIO	SORIANO.

Aldeanas, aldeanos, danzantes, chicos, etc.

La acción en un pueblo de la provincia de Santander, año 1850

Los párrafos señalados con asteriscos se suprimieron en la representación.

Se suplica á los artistas encargados de interpretar esta obra, que no traten de imitar el acento montañés.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Un campizo. Al fondo la portalada montañesa de casa de don Robustiano. La casa no se ve. Trepa la hiedra por las altas paredes á los dos lados de la puerta. Sobre ésta una cruz, y debajo un gran escudo. A derecha é izquierda dos toscas esculturas, representando dos mastines. Empieza la acción un poco antes de amanecer.

ESCENA PRIMERA

SEGADORES y MOZAS obreras. Mujeres y hombres con sombreros de paja muy ordinarios. Algunas de ellas con rastrillas y de ellos con dalles

Música

TODOS

Ya está apuntando el alba,
ya pronto saldrá el sol,
el claro cielo anuncia
un día de calor.

Al campo, segadores,
la yerba está en sazón,
y es bueno, con la fresca,
que empiece la labor.

MUJERES

Yo trabajaré á tu lado
y esparceré lo que siegues,

- HOMBRES con tal que no alces los ojos,
los ojos traidores,
y mires lo que no debes.
En tanto que afilo el dalle,
es justo que me recree
en los soles de esa cara,
morena y salada,
que medio muerto me tienen.
¡Y que tenga en la yerba que andar
tu cuerpo polido!
- MUJERES No me vengas de amores á hablar,
que es tiempo perdido.
Muy buenas son tus palabras,
quisiera la intención verte,
que bajo flores muy lindas,
claveles y rosas,
he visto ocultas serpientes.
- HOMBRES Te digo lo que te digo
porque es lo que el alma siente;
así me vieras por dentro,
morena y salada,
y así pudiera yo verte.
- MUJERES Que tenemos los dos que segar
no des al olvido;
hoy no quiero de amores hablar,
que es tiempo perdido.
- HOMBRES ¡Y que tenga en la yerba que andar
tu cuerpo polido,
cuando yo le quisiera guardar
en urnia metido!
- (Toque de alba.)
- TODOS Ya están tocando al alba,
muy pronto saldrá el sol,
el claro cielo anuncia
un día de calor.
Al campo, segadores,
la yerba está en sazón,
y es bueno con la fresca
que empiece la labor.
- (Marchándose hasta acabar el coro dentro.)
- MUJERES Dicen que te casas
con la Salomé,
buena muchacha llevas
pa andar en un pie.

HOMBRES Esa es la tonada
 que se canta en mi lugar;
 machaca, machaca, Pedro;
 machaca, machaca, Juan.
MUJERES ¡Que palabritas vienen,
 que palabritas van!

ESCENA II

VERÓNICA y TOÑA

Hablado

(Sale Toña por la derecha, y después de mirar á todos lados, llama en la puerta de la casa. A los pocos momentos abre Verónica.)

VER. ¡Cómol ¡No traes la leche?
TOÑA No he podío: ni gota ha dao la vaca; toa la
 mamó el jato anoche... ¡Así está de gordo y
 lució el condenau!
VER. Pero, ¿ni siquiera medio cuartillo para mi
 señor padre?
TOÑA Ni eso, doña Verónica.
VER. Y tendrá que desayunarse con borona fría.
TOÑA Como usted y como yo... A bien que la cos-
 tumbre...
VER. A ciertas cosas no se acostumbra uno jamás,
 Toña, y menos el que ha nacido tan arriba
 y se ha criado en tan finos pañales como él.
TOÑA Así es el mundo, doña Verónica. Ustés, tan
 señores de suyo, casi que á la cuarta pre-
 gunta, como el otro que dijo... (Verónica la
 hace señas para que calle, como temiendo que la oi-
 gan.) y Toribio Mazorcas, por mal nombre
 Zancajos, que se puee icir que nació en la
 calle y que anduvo en cueros vivos hasta
 que jué á Andalucía, anadando en oro. Man-
 ta de obreros tiene segándole los praos, y
 hasta ellos comerán mejor que nosotros, que
 no les faltará la cazuela de bacalao ni el cuar-
 tillo de vino... ni aun la carne si se tercia.
VER. Buen provecho les haga. Si es muy rico Zan-
 cajos, nosotros no queremos ni le envidia-

- mos su riqueza. La nuestra es muy distinta.
¿Ves ese escudo? Pues ese escudo no podrá
él nunca ponerle en su casa por muchos mi-
les que cuente.
- TOÑA *Bueno es el escudo, y bien está, no digo
*que no; pero á veces da lástima que esa ga-
*llina que tiene allí no se puea echar al pu-
*chero.
- VER. *Mujer, si es un grajo.
- TOÑA *Bueno; pues la anguila si no.
- VER. *¿Cuál?
- TOÑA *Aquella tan enroscáa.
- VER. *Si es una serpiente, Toña...
- TOÑA *¡Josús! Tamién es ocurrencia poner esos
*animales tan feos en el escúo... Y mire,
*mire, al lao el cinco de copas.
- VER. *Esos son arminios.
- TOÑA *¡Ah, vamos! Amenículos pa que no entren
*las brujas en el palacio.
- VER. *Calla, calla, Toña; no digas disparates...
¿Qué miras?
- TOÑA Que me paece que vienen por allí Zancajos
y el hijo.
- VER. ¡Dios mío! Entra, entra en seguida: no me
vean de estas trazas. (Entran apresuradamente y
cierran la puerta.)

ESCENA III

TORIBIO y ANTÓN

- TOR. Se te han pegao las sábanas, Antón; y ya sa-
bes lo que son los obreros, que si no estás
encima, no dan golpe.
- ANTÓN Antes de que amaneciera estaba yo de pie.
(Mira á la portalada y suelta un suspiro muy fuerte.)
¡Ah!
- TOR. Vaya, ya parecieron los suspiros... (Remedán-
dole.) *¡Ah!... Parece que te vas á ahogar.
- ANTÓN *Si no lo puedo remediar, padre. En cuanto
*paso por aquí se me añuda el pasapán y se
*me tranca el pecho.
- TOR. *Eso; y antes de pasar habrás estado una

hora mirándote al espejo... Y too, ¿pa qué?
Pa náa.

ANTÓN

TOR.

¿Y qué quiere usté que yo haga? ¡Contra!
Pues herrar ó quitar el banco. ¿La quieres?
Se lo dices. ¿Te responde que no? A otra, y
no hay más que hablar. ¿Te contesta que sí?
A casaros sobre la marcha... Y te contestará
que sí.

ANTÓN

TOR.

ANTÓN

¡Me valga! ¡Qué me ha de contestar!

*No conoces el mundo, Antón.

¿No ve usté que ellos son señores desde sus
principios y que el padre tiene más orgullo
que don Rodrigo en la horca, tan y mien-
tras que nosotros...?

TOR.

Nosotros somos ricos, y ellos, con toda su
fanfarria y toda su vanidad, más pobres que
las ratas. Que he ganado lo que tengo en
una taberna de Sevilla... ¿y qué? Lo gané
muy honradamente, trabajando como man-
da Dios. Además, al dinero no se le pregun-
ta por dónde ha pasado. Y tú no eres un
señor porque no has querido. ¿No te mandé
á estudiar á Santander?

ANTÓN

TOR.

Eso no es del caso, padre: ya sabe usted que
á mi me tiran más la labranza y el ganao.

¡Te tiraban! Porque de tres meses acá no
haces otra labor que venir á este campizo
á dar resoplidos, tales y tan recios, que un
día van á tirar esa portalada.

ANTÓN

Es que el hipo ese me ha entrao muy aden-
tro... ¡Y doña Verónica se lo merece! *¡Cui-
*dao que es fina! ¡Y blanca y sobredorá
como una imagen!... ¿No es verdad que se
lo merece, padre?

TOR.

No te digo que no... Pero, ¿á qué esperas?
Como no sea á ver si ella viene á declararse
á ti...

ANTÓN

Si ella no sabe náa, ni náa me ha conocido.
Soy muy corto.

TOR.

ANTÓN

Pues estírate.

Y á don Robustiano le tengo más miedo
que á un rebaño de demonios.

TOR.

Tú háblale á la muchacha, que como ella te
ponga buena cara, y sí te la pondrá...

ANTÓN Calle usted, padre.
TOR. De don Robustiano ya me encargaré yo.
ANTÓN ¿Sí? Pues hoy mi-mo doy el paso. Ella sale todos los días á misa. Dentro de media hora vengo mudao, y cuando salga me acerco y la digo... la digo... ¿Sabe usted que me va á dar mucha vergüenza?
TOR. No seas zoquete, Antón. La dices que te quieres casar con ella y naá más.
ANT. Pero, ¿cómo se lo digo?
TOR. Con la lengua y el hablar que es del caso... ¡así!...

ESCENA IV

DICHOS, ALCALDE y MAESTRO

ALC. Güenos días mos dé Dios.
ANT. Buenos días
TOR. ¡Hola! el alcalde y el maestro.
MAES. Sí, señor, el señor alcalde y el maestro de instrucción elemental, en funciones de secretario interino del Ayuntamiento.
TOR. ¿Y á qué vienen ustedes por aquí?
ALC. Venemos en corporación como aquel que dice.
MAES. De oficio, señor de Mazorcas, de oficio.
TOR. ¿Cómo es eso?
ALC. Pues al auto del reparto que hemos echao.
TOR. ¡Ah, sí!
ALC. A don Rebustiano le toca pagar veinticuatro riales...
MAES. Y veintiocho maravedís.
ALC. Eso, y veintiocho maravedís... y el pobre ministro...
MAES. O séase, alguacil.
ALC. O séase alguacil, no se atreve á venir á cobrarlos... Como don Rebustiano tiene ese genial tan súpito...
MAES. Está tan pagado de su alcurnia, linaje, ó sea prosapia...
ALC. Conque enestonces deliberemos éste y yo venir nosotros mismos...

- MAES. Revestidos de la autoridad, el prestigio y el respeto que nos prestan los cargos públicos que ejercemos.
- ALC. Eso es... revestidos... como dice don Canuto. ¿Que mos paga? Pues en paz... ¿Que mos atropella?...
- MAES. Pues se da parte al Juzgado municipal, ó en su caso al de primera instancia, para que proceda contra él por resistencia y desacato á la autoridad y le pare el perjuicio á que haya lugar.
- ALC. Justamente.
- TOR. Bueno, bueno... Pues allá se las hayan ustedes con el señor de Tres-Solares. Vámonos, Antón.
- ANT. (Aparte á Toribio.) ¿Sabe usté, padre, que hoy va á ser mal día pa eso que concertamos?
- TOR. ¿Por qué?
- ANT. Porque con esta visita va á estar don Robustiano más jarisco que de costumbre.
- TOR. Cállate, bobo: puede que apretándole éstos le hagan ablandarse hasta para tu negocio. Tú atente á lo dicho y acordao, y á cumplirlo sin encogerte... y cuanto más antes.. (Alto.) Con Dios, señores.
- ALC. Hasta la primera.
- MAES. Vayan ustedes enhorabuena, señores de Mazorcas, padre é hijo.

ESCENA V

ALCALDE, MAESTRO y TOÑA. Toña detrás de la puerta cuando indica el diálogo

- ALC. Llame usted, señor secretario...
- MAES. Perdone usted, señor alcalde; no he visto en la ley municipal ningún artículo en el que se disponga taxativamente que el secretario tenga que llamar á las puertas.
- ALC. ¿Y hay alguno en que diga que tié que llamar el alcalde?
- MAES. Tampoco... de modo que éste es un punto

- de derecho constituyente; porque hay derecho constituido y hay...
- ALC. Y hay que llamar, que es lo que nos interesa. (Llama.)
- MAES. Perdone usted: si el señor don Hermenegildo Camberas se hubiera dirigido á mí, Canuto Prosodia, pidiéndome que llamara, eso sería un favor personal, de vecino á vecino, y le hubiera servido con mucho gusto; pero desde el momento en que habla el señor Alcalde como tal, á mí el secretario que certifica...
- TOÑA (Dentro.) ¿Quién es?
- ALC. Abre.
- TOÑA El señor no está en casa.
- MAES. La muletilla de costumbre.
- TOÑA No golverá en tóo el día.
- ALC. Si no ha salio ¡contral! ¿cómo ha de golver? Dile que no es denguna visita... que no tenga miedo... Que semos el alcalde y el secretario... ¡Ah! Y que venemos á hablar con él de nigocios monicipales
- MAES. ¡Por Dios, señor alcalde! Esas palabras... ¡Negocios municipales! ¡Negocios!.. Y tratándose de un reparto vecinal.. Puede dar lugar á interpretaciones maliciosas.
- ALC. Pues, ¿cómo he de decir?
- MAES. Hay mil palabras adecuadas. Le señalaré á usted diez ó doce... (Se abre la puerta con estrépito y aparece don Robustiano. El Alcalde y el Maestro retroceden con miedo.)

ESCENA VI

DON ROBUSTIANO, ALCALDE y MAESTRO

- ROB. ¿Quién es? ¿Quién me busca? ¿Qué quiero en mi casa la autoridad?... ¡Vaya una autoridad!
- ALC. Don Rebustiano, no escomience usted á faltar.
- ROB. ¿Qué te he de faltar yo á tí, meleno?... Vamos á ver, ¿qué queréis?

- ALC. Dígalo usted, don Canuto, que esto sí que le corresponde al secretario, según la ley municipal.
- MAES. Voy allá... Con todo el respeto y la consi-
ración que debo al señor don Robustiano
Tres-Solares y de la Calzada, comparezco y
digo: Que habiéndose hecho la derrama co-
rrespondiente á los descubiertos con que
cerró el ejercicio último de esta administra-
ción municipal, y habida consideración á
los recursos y categoría de cada vecino de
este pueblo...
- ROB. Al grano, al grano.
- MAES. Esto no es paja, señor de Tres-Solares.
- ROB. Pues estoy seguro de que os lo habéis comi-
do como si lo fuera .. Todo eso viene á parar
en que habéis hecho un reparto.
- ALC. Sí, señor.
- MAES. Debidamente autorizados por la ley, que en
su artículo 57, aclarado por la Real orden
de 8 de Julio de...
- ROB. Déjame de leyes, aclaraciones y garambai-
nas... En resumen: ¿para qué me buskais?
Habla, Menegildo.
- ALC. Le toca al secretario.
- MAES. Al señor don Robustiano le ha correspon-
dido en la susodicha derrama, según reza la
presente lista, la suma de reales vellón vein-
ticuatro con veintiocho maravedís, que ve-
nimos á hacer efectivos.
- ROB. (Señala á la puerta con gesto amenazador.) Pues ya
estais entrando por ellos... Vamos, ¿qué os
detiene? (El Alcalde y el Maestro se miran asombra-
dos.) ¡Tigre!
- ALC. Pase usted, don Canuto.
- MAES. ¡Ah, no! El señor alcalde primero: es prerro-
gativa del cargo.
- ROB. ¡Esto es gracioso! Os atrevéis á lo más y os
espanta lo menos. *Os repartís las vestiduras
*del vecindario como si tal cosa, y luego os
asustais al echar la zarpa á cada girón...
¡Badulaques! ¡Raposuelos!... ¡Zascandiles!...
¡Conque descubiertos!... Y ¿quién los ha
hecho? ¿Por qué y para qué? ¿Hícelos yo?

¿Han lucido en mi pellejo ó en mi hacienda por si acaso? Y para tapar esas tropelías *de *los pastores se acude á la lana del rebaño, *y se llama á las puertas de mi casa para *que me deje trasquilar el vellón correspon-*diente, y* se me impone un tributo que no debo ¡á mí!, cuyos progenitores cobraron marzazgas, martiniegas, yantares y fonsaderas, no pagaban derechos al Rey ¡al Rey! é le fablaban sin homenaje.

ALC. Santo y bueno, señor don Rebustiano: no se niega el supuesto ese; pero en lo tocante al caso que...

ROB. Sí, señor, para que lo tengais bien entendido... Y uno de mis ilustres ascendientes fué trinchante de la mesa real, y dos hembras de mi familia acompañaron á una Reina desde Madrid á Ocaña. *En tiempos mō-*dernos, ayer como quien dice, un abuelo *mío fué regidor perpetuo de toda esta co-*marca; otro cobró alcabalas y barcajes, y *y mi padre, como es notorio, gozó muchos *años los derechos de pontazgo y de pesca *sobre tres pontones de otros tantos regatos *de estos alrededores...* para recibir en la iglesia á mi familia se sacó alguna vez el palio á la puerta y se echaron las campanas á vuelo. Y todavía disfruto yo el privilegio de sentarme junto al altar mayor en sillón de preferencia.

ALC. Si todo eso es el puro Evangelio, señor don Rebustiano; pero...

ROB. ¿Y á mí me venís á pedir que pague (Muy despreciativamente.) un reparto de esa especie? ¿A mí? Pues bien, me niego... Ya comprenderéis que lo que menos importa en este caso son las miserables pesetas... No es por el huevo, es por el fuero.

MAES. Debo recordar al señor don Robustiano que los Códigos fundamentales de la monarquía española, bien sea el del 12 ó ya el del 36, ora el de 45 ó el de 54, etc., etc... declaran que todos los españoles...

ROB. Sí; son iguales. Eso quisierais vosotros.

- ALC. Y que toos están obligados á pagar los tributos.
- ROB. Los que sean justos, no los que quieran imponer un baldragas como tú y un trapison-dista como ese.
- MAES. ¿De modo que el señor de Tres-Solares se niega á satisfacer su parte alicuota? Tendremos que proceder por la vía de apremio y llegar, si fuere preciso, hasta el embargo de bienes, muebles ó inmuebles, semovientes...
- ROB. Podeis proceder como os dé la gana. Y basta de conversación.
- ALC. Corriente, y levante el secretario acta de too ello pa en su día.
- MAES. Aparte de estas menudas diferencias, crea el señor don Robustiano...
- ROB. ¿Queréis acabar de romperme la cabeza? (Vanse los dos.) ¡Gentuza como ella! Hombre, hubiera querido tener las seis pesetas... por muchas razones; pero principalmente para tirárselas á la cara... *Y al fin habrá que *pagarlas, ¿qué remedio?, y que sufrir una *humillación más pidiéndolas prestadas *con el menor desdoro posible, es decir, al *pobre cura, que es en esta piara de gana-*panes el acreedor menos indigno de mí... * ¡Señor! ¡Señor! Encauza estas corrientes desbordadas, ó dame fuerzas para resistirlas sin caer... (Vase.)

ESCENA VII

ANTÓN, después VERÓNICA

- ANTÓN Ya es la hora de ir á misa. En cuanto salga la hablo y se lo digo... Y eso que ya empiezo á sentir el tarugo que me sube, que me sube... (Se acerca á la puerta.) Ya está aquí. (Sale Verónica con la mantilla en la mano.) ¡Doña Verónica! (Se quita al sombrero.)
- VER. (No le había visto y se asusta.) ¡Ay! (Quedan mirándose.)
- ANTÓN ¡Buenos días, doña Verónica!

- VER. ¡Buenos días, Antón! (Echa á andar.)
ANTÓN (Siguiéndola.) ¡Doña Verónica!
VER. (Deteniéndose asustada.) ¿Qué?
ANTÓN (Con dulzura y dando vueltas al sombrero.) Tengo que pedir á usted un favor.
VER. (Turbadísima.) ¿Un favor... á mí?
ANTÓN Sí, señ... (Se atraganta. Pausa)
VER. Tú... dirás...
ANTÓN (Animándose poco á poco.) Yo, doña Verónica, presunto el respeto que Dios manda y que usted me contribuye, porque se lo merece, quería decir á usted ahora lo que... vamos, lo que ya la hubiera dicho más de cuatro veces al haberseme acomodado tan buena proximidad como esta. La verdad es, tomando el intento con el arroteo del caso, que yo no estoy de lo más convenido ni amoldado al gentío del pueblo, y ya que mis medios me lo permiten, quería transigir á mi gusto y proporcionarles comenencias. Usted por sus principios de nacimiento y finura de personal... Vamos al decir que... sí yo... (Vuelve á atragantarse.)
VER. Voy á perder la misa, Antón...
ANTÓN En seguida acabo, doña Verónica... Quiero decir que como tengo bienes de fortuna, y no soy bebedor ni pendenciero, creo... sin que esto sea menosprecio y me esté mal el decirlo, creo que... vamos, no son quién para mí las mozas del lugar, llamado á contraer enuncias el día de mañana. Porque, doña Verónica, á mí me dió Dios un corazón muy blando de su natural y un poco de sentido acá á mi manera, y pienso que con esto y los cuatro cuartos que uno tiene, puede, si á mano viene, declinar á una miaja de finura que le consuele en una inclemencia. Bueno; pues si reflexiono que tengo, como he dicho, medios para mantener á una señora y genial para contemplarla como á los oros de la Arabia, con tal que ella se contrapunte siempre en las circunferencias del temor de Dios y de la buena ley á mí, creo que bien puedo, sin ofender

á nadie, echar un memorial á este respeti-
ve... ¿No es verdad, doña Verónica?

VER.
ANTÓN

Me... parece... que .. sí.

(Limpiándose el sudor.) Pues bueno; en contin-
gencia de estas razones, y sin más ites ni
consonancias, sépase usted, doña Verónica,
que lo que yo quiero con todas las ansias
de la cortesía es .. es... casarme con usted.

VER.
ANTÓN

(Asombrada) ¡Virgen Santísima!

(Entusiasmado, dando un golpe al sombrero.) Doña
Verónica, dígame usted que sí... ó me so-
livianto.

VER.
ANTÓN

¡Mi señor padre!

¡Santísimo Cristol (Echa á correr,)

ESCENA VIII

VERONICA y DON ROBUSTIANO

ROB.

¡Sol de mi estirpe! ¿Habrás osado mirarte
frente á frente ese baldragas? (Se acerca á Ve-
rónica.) ¿Has ido á misa?

VER.

(Temblando.) Iba ahora, señor padre.

ROB.

¡A buen tiempo!... Mírame cara á cara... Te
he sorprendido con ese ganapán grosero,
hijo del aun más rústico jumento de oro,
Toribio Mazorcas. Al verme, él huyó despa-
vorido y tú te quedaste hecha una pieza.
Todo esto es muy grave, Verónica, y me vas
á decir lo que significa... (Silencio.) ¿Qué sig-
nifica todo eso, repito?

VER.

Nada, señor padre.

ROB.

¡Ira de Dios! ¿Cómo que nada?

VER.

Nada, señor padre.

ROB.

¡Celliskas y granizol ¿Y esa vergüenza que
te vende? Si nada malo hacíais, ¿por qué co-
rrió ese bruto al verme? ¿Y por qué cuando
te lo pregunto te pones colorada?

VER.

* Porque como su merced está tan enfadado
* y es la primera vez que conmigo le su-
* cede...

ROB.

* Es la verdad; jamas te he reñido y eso te
* probará la magnitud del motivo de mi có-

- * lera... Así, pues, habla y no trates de en-
* gañarme...* ¿Qué ha sucedido aquí?
- VER. Yo, señor padre, verá su merced... yo salía á
á misa sola *porque su merced se había ido
* antes... y saliendo sola, cuando llegué á
* la puerta * pasó el hijo de Toribio y me
dió los buenos días... Yo seguí, seguí mi
camino sin reparar en él siquiera... cuando
va y me llama con la mayor cortesía.
- ROB. ¡Fuego divino!
- VER. Señor, que me asusta su merced.
- ROB. ¡Cortesía! ¡Cortesía!... ¡Cortesía un zamarro
como ese! ¡Cortesía esa bestia!
- VER. Sí, señor; con mucha cortesía.
- ROB. ¡Acaba!
- VER. Primeramente me dijo que tenía que pe-
dirme un favor... y por eso me paré... En-
tonces, entonces me habló de que sus sen-
timientos por acá y de que su riqueza por
allá... y que yo... y mis prendas...
- ROB. ¡Truenos y relámpagos! ¿Sería capaz ese ca-
mueso, rascaboñigas, de decirte galanteos á
tí, á la nieta de cien nobles?
- VER. ¡Jesús María, señor padre, si su merced se
enfada tantol..
- ROB. ¡Habla! ¿Qué sucedió al cabo?
- VER. ¡Nada, señor padre, que me habló yo no sé
de qué... porque la verdad es que no le en-
tendí la mitad de lo que me dijo.
- ROB. ¡Pero te faltó!
- VER. No lo crea su merced, señor padre; ni una
vez siquiera dejó de llamarme doña Ve-
rónica.
- ROB. Pues, hombre, hasta el extremo de negarte
el don... el don que es tuyo por derecho di-
vino, pudo haber llegado ese pendejo. Pero
vamos adelante... ¿Qué más pasó? Apuesto
una oreja á que te manifestó algunas pre-
tensiones. (Verónica baja la cabeza) ¡Rayos y
centellas! ¿No lo dije? ¡Tú la has hecho hoy,
Verónica!
- VER. (Llorando) Señor, puedo jurar á su merced
que ni siquiera me tocó en el pelo de la
ropa.

ROB.

¡Qué ropa, ni qué pelo, ni qué doscientos mil demonios! Te detuvo, osó mirarte á la cara, hablarte, decirte chicoleos como á una tarasca bardaliega; él, un panojo hediondo, un rocín indecente; á tí, mi hija, la descendiente de un real trinchante y de cien señores de primer lustre. ¿Qué más agravio? ¿Qué más profanación? ¿Qué más infamia? Pero ya se ve, estamos en los tiempos de la igualdad... ¡de la canalla, digo yo! y ya no hay picotas, ni parrillas para los villanos insolentes, ni para los sacrílegos... ¡Verónica! tu madre que murió al echarte al mundo, tu noble, tu ilustre madre, * la única mujer * digna en estas siete comarcas, por sus títulos de nobleza de unirse á mí; * tu madre, digo, no te dió ese ejemplo. Hembra denodada y majestuosa, pagó como buena, con un torozón y tres sangrías el requiebro de un soldado francés; y, aunque sin comprender las palabras, á la vergüenza de aceptarlas, prefirió caer desplomada en mis brazos. Pero tú no te has muerto al recibir la escoria que te arrojó al oído ese bodoque, mal criado y peor nacido... Eres hija desnaturalizada, has prevaricado y no te quiero ver delante. Vete, vete lejos de mí. (Verónica llorando se va hacia la casa.) Sombras venerandas de mis mayores, no temais que se empañen vuestros preclaros timbres mientras yo viva para velar por ellos. (La orquesta entona un tema heroico que se va extinguendo y que enlaza con la música del siguiente cuadro.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. La tapia de la huerta de don Robustiano y detrás una de las fachadas laterales de la casa. Es de noche

ESCENA ÚNICA

ANTON y MOZOS

Música

ANTÓN	Andar sin meter ruido con mucha precaución, que si se entera el padre la ronda se acabó.
Mozo	El hombre es un berrinches y si oye la canción, nos va á soltar el perro ó un tiro, que es peor.
ANTÓN	Aquí no hay miedo que oiga el cantar, que aquí duerme ella y el padre allá. Templa, Goriuco.
UNO	Templado está.
ANTÓN	Pues, ¡alel vamos á comenzar. Lo que es como supiera que usté me oía...
Mozo	Tú por tú; así se canta
ANTÓN	¡Buena la hacíal
Mozo	Hablar de usted en coplas es cosa extraña.
ANTÓN	Es la hija de un hidalgo de la motaña. Leña, Goriuco, cuidao pa entrar, y ¡alel que vuelvo á comenzar. Lo que es como supiera

que uste me oía,
qué cosas más del alma
la cantaría.

Encanto de mi amor, que yo la vea,
encanto de mi amor, á ver si alborea,
encanto de mi amor.

Que aquí paso las noches
y aquí los días,
y aquí hacen finiquito
mis alegrías.

Encanto de mi amor.

Mozo Encanto de su amor, que Antón la vea... etc.

Que aquí pasa las noches... etc.

ANTÓN

El nogal que me cubre,
vamos, parece,
que al escuchar mis penas
se compadece.

Encanto de mi amor, que yo la vea... etc.

Que no tenga, quien causa
todos mis males,
el corazón más duro
que los nogales.

Mozo

Encanto de su amor, que Antón la vea... etc.
Que no tenga quien causa, etc.

Hablado

UNO

Asperarse... ¿no oyeis ruido así como si hur-
garan en la portalaá?

ANTÓN

¡Qué han de hurgar, hombre! Tú que eres
un collon y siempre se te está figurando
que te van á comer. (Ladridos furiosos.) ¡Me
valga Dios! ¡El perro!

UNO

¡El Tigre!

ANTÓN

Pues si alcanza á uno lo mata. (Salen todos co-
rriendo. Música en la orquesta y

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

El salón de ceremonias en casa de don Robustiano. Retratos muy ahumados y muy viejos colgados en las paredes. Un sillón de baqueta alto y blasonado. Una mesa de nogal apolillada con gruesos relieves. En el suelo dos piezas roñosas de una armadura antigua. Tres ó cuatro sillas estropeadas. Alguna grieta en la pared.

ESCENA PRIMERA

VERÓNICA y TOÑA

TOÑA No llore ustedé, doña Verónica.
VER. Me ha dicho mi señor padre, que mientras duerme la siesta le espere aquí; y cuando ha abierto el salón de ceremonias y en él me quiere hablar, algo muy grave tiene que decirme.
TOÑA Será al auto de Antón, como si lo viera...
*Le oiría cantar anoche: también yo le oí
*desde la mi cama, ¡y que lo hacía de lo bien!
VER. *¿Y no oiste al perro?
TOÑA *Ya lo creo; le oí latir, latir mucho y aluego
*gruñía, gruñía...
VER. *Como si pelease con alguno, ¿verdad?
TOÑA *Eso mesmo, sí, señora.
VER. *¡Dios mío! ¿Si mordería á Antón?
TOÑA *¡Cá! No se apure. Esta mañana le encontré
*en la mies de Parayón y maldito si tenía
*un mal arañazo. Tan cucio y tan asina es-
*taba como siempre.
VER. *¿Y no te dijo nada?
TOÑA *Los güenos días me dió: ya sabe ustedé que
*es muy parcial de suyo... ¿Y qué me había
*de icir el venturao? Pues que esperara que
*yo... porque como ustedé no le ha dao ento-
*avía una razón al respetive de lo que la ha-
*bló él...
VER. *Es que cuando me paró ayer y me dijo
*aquello, me aturdí... Claro, tan de sopetón...

- *Como yo no esperaba... Nada, que me que-
*dé hecha un pasmo... y, lo conozco, hice
*mal en no responderle con un poco de agra-
*do, porque él no me ofendía, ¿verdad?
- TOÑA *Al revés: denguna mujer se agravia porque
*un güen mozo la diga que la quiere... ¡Y
*Antón es güen mozo de una vez!
- VER. *Sí, lo que es como buen mozo... y como
*bien parecido...
- TOÑA *¡Hola! ¡Hola! ¿Tanto le ha arreparao usté?
- VER. *La verdad es que no sé cómo lo he visto,
*porque me atrevería á jurar que no le miré
*á la cara.
- TOÑA *Pues él la quiere á usté como á las niñas de
*sus ojos y con las mejores intinciones.
- VER. *Ya me dijo que como yo fuera gustosa,
*nos casaríamos en seguida.
- TOÑA ¡Y qué comenencia para usté, doña Veróni-
cual Un mozo tan garrido, tan honrao y
tan pudientel Con él, á vestir y á comer de
lo mejor, á salir de angusturas y tristezas, á
reir y á gozar como too el mundo y á ser el
ama de una casa llena de too cuanto Dios
crió. Y se acabaron los apuros de la cocina
y las ansias del estómago... ¿á qué no decir,
con el respeto debido, las cosas como son y
toos sabemos?
- VER. Sí, Toña, sí, ¿á qué negarlo? ¡y á tí que lo es-
tas viendo todos los días! Yo no he sabido
nunca lo que es una familia como las de-
más, ni el hogar alegre, ni las cosas nuevas,
ni el hablar lo que una siente, ni el obrar
como una es en sus adentros. *Siempre sola
*en este caserón entristecido y viejo; siem-
*pre escondida y siempre recelosa de todos
*y siempre fingiendo, por querer ocultar
*con un embuste lo que salta á la vista del
más ciego. Así me mandaban ser y así he
sido, sin hacerme cargo de que pudiera ser
de otra manera... hasta que ¡pásmate, Toña!
me salió Antón al camino y se atrevió á de-
cirme lo que me dijo. *Entonces reparé en
*él por la primera vez en mi vida, te lo pue-
*do jurar, y oyendo lo que le entendí y pen-

*sando después á solas en ello, ¡ay, Toña, lo
*que yo ví de repente y como si se me caye-
ra una venda de los ojos! Mira, desde en-
tonces acá me parece mucho más clara la
luz del sol y me suenan de un modo muy
diferente los ruidos de la calle y el viento
entre las hojas de la castañera, y me entran
deseos, que nunca tuve, de ver lo que hay
más allá de esos montes que siempre me
parecieron el fin del mundo... Y á todo esto,
aquí sintiendo una cosa muy rara, como si
el corazón hubiese estado dormido hasta
ahora y se me despertara de repente entre
músicas del cielo y bendiciones de Dios.

TOÑA

¡Justo y cabal, doña Verónica! ¿Y no sabe
usted, lo que too eso quiere decir?

VER.

No lo sé, Toña, ó mejor dicho, no quiero sa-
berlo. Sólo sé que esto es vivir y ser algo y
con ello me conformo; porque pensar en
que mi señor padre llegara á consentir...
¡qué locura!

TOÑA

¿Por qué no, valiendo Antón lo que vale?

VER.

Porque como nosotros somos tan nobles; ya
ves, de lo más noble del mundo... Pero el
tiempo pasa, Toña; acaso haya despertado
mi señor padre... No venga y te encuentre
en este salón... (Un relámpago y trueno lejano.)
¡Santa Bárbara bendita! ¡Esto solo me falta-
ba hoy!

TOÑA

Era de esperar, doña Verónica, con el bi-
chorno de tóo el día y con lo oscura y anu-
barráa que se va poniendo la tarde... ¿Pero
usté tiene miedo á los truenos? Yo, ni
pizca.

VER.

Pues á mí me espantan, Toña, sobre todo de
un tiempo acá, desde que en una tormenta
de esas con mucho aguacero se abrió en la
pared de atrás el boquete que está tapado
con rozo mientras llega la hora de que mi
señor padre disponga cerrarle á cal y canto.
Desde entonces da miedo vivir en esta casa
en cuanto arrecian los vendavales en invier-
no ó las tormentas en verano. Tiemblan
suelos y tabiques y hay que encomendarse

á Dios, porque parece el fin del palacio. Está tan quebrantado y tan viejo el pobre, que un suspiro le menea.

TOÑA

Bien notado lo tengo, doña Verónica; y por eso y otros motivos al simen de ello es por lo que la digo á usted que hay que romper por derecho y agarrarse á la ocasión que se la presenta pa mejorar de fortuna.

VER.

Calla, inocente de Dios, que el buen deseo te ciega... y acaba de largarte de aquí antes que llegue mi señor padre.

TOÑA

¡Jesús! ¡Buena la hacíamos!

VER.

Anda, anda... (Empujándola suavemente.)

TOÑA

(Marchándose.) ¡Pus como yo me viera en su caso!

ESCENA II

VERÓNICA

Música

Del alma en lo profundo
dormido estaba amor
que ayer se ha despertado
al eco de su voz.
Su voz que en el oído
grabada se quedó
y que, amorosa y dulce,
me sigue á donde voy.

—

Sin pesares ni alegría
he pasado la niñez
y todo hombre parecía
poco para mi altivez.
No había un linaje
que al mío igualara,
ni mozo que osara
llegar hasta mí;
y un día olvideme
de mi vida entera,

y á un hombre cualquiera
el alma rendí.

Yo he nacido en las alturas
y nació muy bajo Antón,
y este es nuncio de amarguras
que me aflige el corazón.

Y si él es villano
y yo soy señora,
¿por qué me enamora?
¡Dios mío! ¿por qué?
En vano á mis ansias
rendí mi albedrío,
ni Antón será mío
ni suya seré.

Si torturarme deben
el triste corazón,
mis timbres aborrezco,
mi escudo me da horror.
La dicha de mi vida
por ellos se perdió,
¡malhaya mi nobleza!
¡malhaya mi blasón!

ESCENA III

VERÓNICA y DON ROBUSTIANO. Entra don Robustiano con mucha solemnidad y se sienta en el sillón. Empieza á obscurecer

Hablado

ROB. Toma, hija desnaturalizada... toma... (La da un pedazo de paño. Ella le coge con cortedad.) ¿Qué es eso?

VER. No sé, señor padre.

ROB. Esa es una pernera que me trajo anoche el perro. ¡Ojala sea de quien tú sabes y le haya quedado buena señal de los dientes que la arrancaron! Así castigo yo á los que te insultan, dándote músicas como si fueras de

la misma clase y el mismo barro que ellos. . Ahora vamos al gravísimo asunto que he resuelto ventilar aquí, en este salón en que nuestros ilustres progenitores no penetraban sino en los momentos más solemnes de su vida. Su nombre lo dice: «Salón de ceremonias.» También yo he seguido esa augusta tradición, bien lo sabes. Figúrate la importancia que tendrá á mis ojos el punto que vamos á ventilar cuando quiero que se ventile aquí. Pero ante todo mira y contempla esos retratos de familia, de nuestra familia tan antigua como el mundo, según reza la leyenda de nuestras armas.. ¿Te has olvidado de ella también, Verónica?

VER.
ROB.

No, señor, padre.

Para convencerme de ello quiero y te mando que la repitas ahora mismo en voz resonante y clara.

VER.

«Antes que nobles nacieran,
antes que Adán fuera padre,
por noble era insigne ya
la casa de Tres-Solares.»

ROB.

Perfectamente. Ahora dime... (Señalando á un retrato.) ¿Quién fué ese caballero?

VER.

El señor don Nuño.

ROB.

¡Cuántos servicios á su patria y á sus reyes! Acompañando á una cacería a don Juan II tuvo ocasión de prestarle su pañuelo de bolsillo, y hasta, según varios cronistas, unas monedas para obsequiar á un mesonero... ¿Conoces al que está á su lado?

VER.

Sí, señor padre; don Sancho.

ROB.

Cuando pasó Carlos V por la Montaña pernoctó en su casa, y al despedirse, le dejó por regalo un hermoso mastín que apreciaba mucho el emperador. (Otro trueno lejano.) Ese regalo dió origen á las dos esculturas que hay en la portalada y que groseramente los aldeanos toman por dos bestias de la vista baja. Aquel otro, ¿quién es?

VER.

Don Fernando.

ROB.

Ese sostuvo cuarenta años pleito con el duque de Osuna sobre si le correspondía ó no

poner seis plumas en vez de cuatro en la cimera del casco de su escudo... ¿A qué continuar? De todos los demás podrían referirse acciones heroicas iguales ó parecidas. Pues bien, aquí, en su presencia, viéndote y oyéndote ellos, me vas á jurar... (Un trueno más fuerte.) No, espera un poco. (Tan asustado como Verónica) Parece que la tempestad va á ser terrible... Trae la vela de los truenos y el libro para rezar el trisagio... (Música en la orquesta. Sale Verónica y vuelve con la vela encendida y un libro de oraciones. Se arrodillan.) En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (Un trueno fuerte, y en la puerta aparece Toribio, que dice con voz estentórea.)

TOR.

¡Amén!

ESCENA IV

DICHOS y TORIBIO

ROB.

(Asustadísimo) ¡Jesús, María y José!

VER.

(Idem.) ¡Santísima Madre de Dios!

TOR.

¡Vaya un susto que les he dado! (Riéndose.)

ROB.

¡Bárbaro! Tú solo eres capaz de eso, animal.

TOR.

¡Ja, ja, ja!

ROB.

(Furioso.) ¡Toribio!

TOR.

¡Ja, ja, ja!

ROB.

Zancajos de los demonios, ¿vienes á provocarme á mi misma casa?... Y ahora que me acuerdo, ¿cómo has entrado en ella?

TOR.

Aprovechando la salida de esa obrera, que está siempre metida aquí.

ROB.

Vamos, sí; corrompiéndola con el oro.

TOR.

Llegaba yo con ánimo de visitar á ustedes, ví que se abría la puerta y me colé, porque dije: si dan en no abrir, por más que yo llame, no asomo al corral en todo el santo día de Dios.

ROB.

En mi casa no entra nadie sin mi permiso.

TOR.

Lo sé muy bien, señor don Robustiano.

ROB.

Entonces...

TOR.

Pero hay casos...

- ROB. Acabemos, ¿qué morcilla se te ha roto aquí?
¿qué tienes que decirme?
- TOR. Poco y bueno.
- ROB. ¿Bueno y tuyo? ¿Y qué haces callado?
- TOR. Esperando á que usted me deje hablar...
Como se me ha hecho un recibimiento tan suave...
- ROB. El que merece un hombre que se introduce como tú en el hogar ajeno.
- TOR. ¡Ja, ja, ja!
- ROB. ¿Otra vez, Toribio?
- TOR. Perdone usted, don Robustiano, que soy muy tentado de la risa.
- ROB. ¿Acabas ó no? ¿Qué es lo que tienes que decirme?
- TOR. Si doña Verónica nos dispensa el favor de dejarnos solos un instante.
- ROB. Sí, nos dejará. Así como así, ya que el diablo te pone á mis alcances, no quiero que te vayas sin llevar las orejas calientes á propósito de cierto asunto. Sal, Verónica.
- VER. Con el permiso de vuestra merced. (Se va.)

ESCENA V

DON ROBUSTIANO y TORIBIO

- TOR. Pues sabrá usted...
- ROB. Espera... (Toma asiento con aire majestuoso en el sillón.) Habla... (Trueno fuerte) ¡Santa Bárbara bendita!
- TOR. Esto pasará, don Robustiano.
- ROB. Ya habría pasado si nos hubieses dejado rezar el trisagio en paz y en gracia de Dios.
- TOR. Si es por eso ya le estamos rezando, que precisamente me le sé de memoria desde que era tamañico... y si no, escuche y perdone:
- El Trisagio que Isaías
escribió con grande celo
le oyó cantar en el cielo
á angélicas jerarquías...

- ROB. Toribio, no te burles de las cosas santas, ya que las mundanas te merecen tan poco respeto.
- TOR. Yo no me burlo, señor don Robustiano, que á Dios gracias soy hombre de mucha fe.
- ROB. En fin, alma de Satanás, ¿qué es lo que quieres?
- TOR. De hacerlo saber trato... y en pocas palabras.
- ROB. Dios lo quiera.
- TOR. Yo, don Robustiano, aunque hombre de baja estofa, como ustedes dicen, sin más educación que el dalle y el ariego, supe á fuerza de sudores y constancia, ganarme honradamente en Andalucía una fortuna más que regular.
- ROB. Y á mí, ¿qué me importa eso?
- TOR. Algo puede importarle.
- ROB. Ni tanto como una castaña; menos que un alfiler, para que lo sepas, ¡farsantón!
- TOR. No hay que tomar así las cosas, don Robustiano, que yo vengo de paz. En casos como éste es cuando debe hablarse con toda claridad, y lo que dejo apuntado no va en otro concepto. Digo que soy bastante rico, y añado que soy viudo, que pico en viejo y que mis haberes han de pasar bien aina á manos del único hijo que tengo.
- ROB. A propósito: ese hijo es un facineroso.
- TOR. Creo que está usted equivocado, don Robustiano. Antón es un gran sujeto, nada lerdo y muy cariñoso.
- ROB. Repito que es un bandido.
- TOR. Sostengo que usted le calumnia.
- ROB. Me ha inferido un agravio.
- TOR. Eso es otra cosa, y si fuera cierto, podía usted contar conque el ser rei hijo no le libraría de que yo le virase la jeta de un sopapo. Conque dígame usted cómo le ha agraviado.
- ROB. Osando elevar sus ambiciones hasta mi hija.
- TOR. Eso no es agravio.
- ROB. ¡Impíol!
- TOR. Lo dicho. Y tan no lo tengo por tal, que el

intento de hablarle á usted de ese asunto es lo único que aquí me trae.

ROB. ¡Hola! Según eso, ¿vienes tú á remachar el clavo?

TOR. ¿Quiere usted dejarme acabar de explicarme?

ROB. Sigue, *sansculote*; acaba, francmasón.

TOR. Agradeciendo, señor don Robustiano. El caso es que tanto yo como mi hijo, ya que los medios lo permiten, nos hemos propuesto dar en él, que es mozo, robusto y generoso, base, cimiento y entronque á una familia á la usanza de las ricas del día; queremos que fenezcan la chaqueta y los terrones en mi generación, y que de ella en adelante aparezcan otras más lucidas; vamos, que, á ser posible, nazca desde hoy la gente de mi casa con la levita puesta, como el otro que dice.

ROB. Y, ¿piensas, ganapán, groserote, que á un señor le hace la levita? ¿Piensas que basta rascarse la boñiga de las manos y echarse un puñado de onzas en el bolsillo y una cadena de oro al cuello para quedar convertido en un personaje de calidad? Pero, señor, á esta canalla del día, á esta caterva de jacobinos se le figura que hasta la ley de Dios está también al capricho de sus infames ambiciones. (Un trueno muy fuerte.) ¿Lo oyes, Voltaire? ¡Hasta la cólera divina te amenaza!

TOR. Lo que yo oigo es que truena, y lo que veo es que esto se tambalea, lo cual lo mismo puede significar una amenaza para mí que un aviso para usted.

ROB. ¿Un aviso para mí, revolucionario? ¿Para mí? ¿Y por qué?

TOR. Porque esto se va, don Robustiano, y es una lástima que por una vanidad mal entendida se queden ustedes á la luna de Valencia el día de mañana, ó aplastados como sabandijas debajo de un montón de escombros, que será peor.

ROB. ¿Qué quieres decir, bandolero?

- TOR. Que nosotros, no los impíos como usted cree (y yo se lo perdono), ni los bandoleros, ni los jacobinos, sino los hombres de bien, creyentes y laboriosos, que á fuerza de sudores hemos hecho una fortuna; que nosotros, repito, somos los llamados á afirmar estos escudos, que se caen de rancios, y estos techos minados por la polilla, á hacer producir esos solares yermos y á llenar de ruido y alegría el hueco de estos salones ahumados, que ya no tienen nada que hacer de por sí desde que feneció la reina Maricastaña.
- ROB. ¡Jesús... Jesús mil veces! Y no hay un rayo que... ¡Dios me perdone! Una centella... ¡Ave María Purísima! Pero sigue, sigue, Robespierre; continúa, desollador; quiero ver hasta dónde llega tu sacrílega osadía.
- TOR. Yo, como he dicho, tengo mucho dinero...
- ROB. ¿Otra vez las talegas, fanfarrón? ¿Todavía me provocas, jandalillo aceitero?
- TOR. Digo que tengo mucho caudal...
- ROB. ¡Y dale!
- TOR. Pero nada más.
- ROB. Ya se te conoce.
- TOR. Y quisiera, á costa de lo que me sobra, adquirir lo que me falta. Quisiera hallar para mi hijo una colocación que no se pareciera en nada á estas mocetonas rústicas de la aldea, ni tampoco á las pisonderas relamidas, damiselas de la ciudad... quisiera, pinto el caso, una solariega pobre...
- ROB. ¡San Robustiano bendito!
- TOR. Una solariega pobre que se hallara dispuesta á apuntalar las fachadas de su palacio con los montones de ochentines ganados en la taberna de Sevilla.
- ROB. Te veo, Iscariote.
- TOR. Ella sería siempre una señora; descansaría á la sombra y sobre bien mullidos sillones, y dejaría oscuro al sol con las galas que Antón la echara.
- ROB. Sigue, sigue...
- TOR. Saldría á ver un poco el mundo, si le daba

la gana, educaría á sus hijos en el temor de Dios y á la altura de las necesidades del día...

ROB. Echa, echa, hijo de nadie.

TOR. Y con tal que quisiera mucho á su marido y se creyera muy honrada con él...

ROB. Vamos, con franqueza, hombre... pide por esa boca...

TOR. En conclusión, don Robustiano, mi hijo y yo hemos pensado para el caso en doña Verónica, cuya mano vengo á pedir á usted para Antón.

ROB. (Levantándose airado.) ¡Tú! ¡Tú! (Un relámpago espantoso y un trueno formidable. Se oye un crugido y cae con estrépito un trozo de la esquina derecha del salón. Verónica entra aterrada. Don Robustiano cae en el sillón y oculta la cabeza entre las manos. También Toribio se asusta. Todo esto con música en la orquesta.)

ESCENA VI

DICHOS y VERÓNICA

VER. (Entrando.) ¡Señor padre!

ROB. ¡Virgen Santísima!

TOR. ¿Qué es esto? (Pausa. El primero que se repone es Toribio, que ve el boquete y se santigua.)

ROB. (Levantando la cabeza y viéndole también.) ¡Qué horror!

TOR. Y si fuera eso solo...

ROB. ¿Qué más hay, hijo de Lucifer?

TOR. Pues lo que no vemos, que no será poco... ¡De buena hemos librado!... Ya no deben ustedes pensar en dormir en esta casa, y para remediar el mal en parte les ofrezco la mía de todo corazón.

ROB. ¡Primero la cárcel!

TOR. Muy mal pensado, don Robustiano; es mucho más cómoda mi casa, donde nada les faltará á ustedes mientras esta se repara, á cuyo fin pongo también á su disposición mi dinero.

ROB. Yo no pido limosna.

- TOR. Ni yo se la ofrezco á usted, don Robustiano.
- ROB. Aún me queda allá fuera la glorieta.
- TOR. Pero ese es un garito que no tiene desahogo suficiente, ni siquiera el preciso abrigo.
- ROB. ¿Y á ti qué te importa?
- TOR. Nada, si usted quiere; pero, francamente, me da lástima verle á usted en una situación como ésta, reparando en pelillos y respirando por esa condenada herida del señorío.
- ROB. ¿Aún tienes humor de provocarme, carbonero?
- TOR. No, señor; lo que tengo es afán de que usted comprenda para *in saecula* que por aquel boquete se ha largado ya la poca grandeza que en casa le quedaba.
- ROB. ¡Vete tú de ella, corsario! ¡Sal de mi corralada, salteador!
- TOR. Si que me marchó, y sin enfadarme; y en prueba de ello todavía le ofrezco. .
- ROB. Primero la unción que tu dinero.
- TOR. ¡Bah! Piénselo usted en calma... y no olvide tampoco mi otra proposición... que usted me dará las gracias algún día... y usted también, doña Verónica.
- VER. Señor padre, dígame su merced que sí.
- ROB. ¡Un rayo que le parta!... ¡Dejadme en paz!
- TOR. Voy á complacer á usted... Salud, don Robustiano... Adiós, doña Verónica.
- VER. Vaya usted con él, don Toribio. (Vase Toribio.)
- ROB. ¡Don... alforjas! ¡Don marrano, digo yo, hembra perversa!

ESCENA VII

VERÓNICA y DON ROBUSTIANO

- VER. Pero, señor padre...
- ROB. Don á ese, á ese pollino cargado de talegas... Te advierto que yo no necesito de él ni de nadie.. Venderé las tierras y el molino y con lo que produzcan reedificaré el palacio.

VER. Y si su merced vende el molino y las tierras, ¿de qué comeremos?
ROB. Tienes razón: bueno, pues no los venderé.
VER. ¿Y dónde viviremos entonces?
ROB. ¡No te goces en crearme dificultades, Verónica!

ESCENA VIII

DICHOS y TOÑA

TOÑA (Muy asustada.) ¡Señor! ¡Señor!
RAB. ¿Qué ocurre?
TOÑA Se ha venido abajo too el jastial de atrás; se está caendo media cocina y se tambalea más de otro tanto. Vámonos señor, de aquí, porque me paece que se va á desplomar la casa entera.
ROB. Pues tanto mejor. Así acabará todo de una vez, el solar y el solariego... pero con honra; como yo debo acabar para ser digno de mi linaje, sin transigir ni claudicar; limpio, neto é incorrupto aún, por la misericordia de Dios (Trueno formidable y música en la orquesta. Don Robustiano cruza los brazos y se queda mirando al techo como esperando á que caiga. Verónica y Toña pugnan por hacerle salir.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO CUARTO

Un bosque de castaños

ESCENA PRIMERA

SEGADORES y MOZAS

(Al alzarse el telón se ve un carro lleno de yerba que desaparece.)

Música

CORO

(Dentro.)

Azotando á estas montañas
se enfurece y ruge el mar,
que quisiera en sus entrañas
por la fuerza penetrar.

Pero encuéntrase en la roca
el eterno valladar,
en el que su rabia loca
y su enojo va á estrellar.

Así entrar en tu alma
mi amor procura,
pero también se encuentra
con roca dura,

pues te ha dado de hierro
Dios las entrañas,

los mismo, montañesa,
que á tus montañas. (Salen.)

HOM. Allá va el último carro,
ya acabamos de segar;
venga vino y ande el jarro
que lo quiero celebrar.

Muj. No te alegres todavía
que tenemos que empayar;
corra el vino y la alegría
cuando esté lleno el pajar.

HOM. Tanto bichorno,
tanto segar,
seco me dejan
el pasapán.

Muj. Tienes los carros
que descargar,
y ha entrado el último
en el corral.

HOM. Un trago sólo,
uno no más. (Beben.)

Todos Mis montañas, mis montañas,
es mi fe como vosotras,
ni vendavales la mueven
ni la destruyen las olas.

—
La luz tiñe celajes
del horizonte,
antes de que amanezca
vé, niña, al monte.
Por la niebla cercada,
si al monte subes,
te veré, como á un ángel
envuelta en nubes.

Muj. Tienes los carros
que descargar,
y están ya todos
en el corral.

HOM. Vamos, muchacha,
vamos allá,
cuando acabemos
beberé más.

Todos (Véndose.)
Mis montañas, mis montañas,
es mi fe como vosotras,
ni vendavales la mueven
ni la destruyen las olas.

ESCENA II

TORIBIO y ANTON

Hablado

ANTÓN Ya lo ve usted, padre: no dan señales de vida: allí han pasado la noche, sabe Dios cómo.

TOR. Yo sé como la han pasado: me lo ha dicho Toña. Don Robustiano no se ha podido acostar en aquel garito, y para que se acostara doña Verónica ha habido que dividir el cuarto con una colcha, dos palucos y cuatro tachuelas. * Te digo que allí no pueden * aguantar: en cuanto llegue el otoño dará * tanto dormir en la glorieta como al raso * en la llosa más desabrigada. * También sé lo que pasó en la casona después que yo salí de ella. Costó Dios y ayuda sacar á don Robustiano de entre aquellos escombros... A mi modo de ver, y por lo que se le entendió, * y por lo que uno sabe de las * hinchaduras de la vanidá que enloquece, * conoció que había llegado la hora de dar el brazo á torcer ó quedarse sin casa en que vivir, y este apuro le espantó más que fenecer allí aplastado como una sabandija... Hay que tener muy en cuenta este particular en el pleito que tú traes con su hija. Por el lao de este ahogo ha de empezar á reblandecerse él, quiera que no.

ANTÓN Pero ¿no encontrará el modo de arreglárse las sin besarle á usted la correa?

TOR. No, porque si vende no come, y si come no tendrá hogar en que ampararse; y tocante al dinero que necesita para salir del apuro, no ha de hallarle por el camino que le busca, ni en este pueblo le hay en otra casa que la de tu padre.

ANTÓN ¿Qué camino es ese?

TOR. El camino de los de su parigal, ¿cómo si

quedara una peseta de sobra entre todos ellos!... Escucha: sé también que esta ma-
drugada mandó que le cazaran el caballo,
*que, como no ignoras, anda siempre bus-
*cándose la vida al raso, y con lo que arran-
*ca en las brañas del común y en los lindo-
nes de los callejos; porque pensaba ir hoy
mismo, de toda gala, á dar un tiento á la
bolsa de otro que tal; el señorón de la parte
allá del monte, que vive también con una
ración de hambre y otra de necesidad.

ANTÓN
TOR.

Entonces, ¿por qué acude á él?

Porque don Robustiano no le conoce más
que de oídas, como á todos los de su ralea.
*El temor á que le descubran la miseria en
*que vive le ha hecho esconderse de todos
*ellos desde que heredó el mayorazgo, y
*piensa que las cosas andan lo mismo que
*cuando oía á su padre ensalzar las grande-
zas de sus pariguales. Pero resulta que á
ese señor se le ha visto aquí esta mañana,
porque tiene algunas haciendas en estos lu-
gares; y cata á don Robustiano, que lo ha
sabido, jugándole las vueltas para hacerse
el contradizo con él, fuera de su casa, que
no está para vista de nadie, y menos de un
infanzón de tantas campanillas como ese.

ANTÓN
TOR.
ANTÓN

Corriente. Pero nosotros, ¿qué hacemos?

Esperar.

¿Y consentir que doña Verónica esté pasan-
do tales angustias y necesidades? Vamos,
que no puedo llevar á la boca un pedazo de
pan sin acordarme de la infeliz.

TOR.

Pues no queda más remedio que esperar. Tú
déjate ver de ella siempre que puedas, para
que sepa que sigues en tus trece y viva con
la esperanza puesta en días mejores.

ANTÓN

Lo que es yo ya sabe usted que no dejo de
rondar la casa.

TOR.

Pero procura que no te vea don Robustiano.
Con ese tengo que entendérmelas yo.

ANTÓN

Me parece que por allí vienen los dos.

TOR.

Pues me voy... y tú retírate también, pero
estate á la mira. (Se van.)

ESCENA III

VERÓNICA y DON ROBUSTIANO

ROB. Le esperaré en esta castañera, ¿qué sitio mejor? El tiene que pasar por aquí para ir á verme.

VER. Pero entonces, ¿para qué le dijimos que su merced no estaba en casa cuando pasó para arriba?

ROB. Entonces llamó á mi puerta y ya sabes que es imposible recibirle en nuestra casa tal como ha quedado. Esta es la hora en que dijo que volvería y le salgo al camino para hablarle, ya que con su venida me ha ahorrado el viaje á su casa. Es noble como yo, ó casi tanto como yo, y su familia vivió en íntimas y cordiales relaciones con la mía hasta la época de mi abuelo inclusive. Verdad que desde entonces no hemos vuelto á comunicarnos directa ni indirectamente, ¡me he aislado tanto!, pero entre personas de calidad eso no importa. ¿Has mandado á Toña que traiga sillas?

VER. Sí, señor... Pero, ¿va á decirle su merced cuál es nuestra situación?

ROB. Mujer, así de repente y muy á las claras, no; pero con cierta maña y si fuere preciso, ¿quién sabe? En la triste alternativa de pedir una... sí, señor, una limosna á un tabernero fanfarrón, ó reclamar el auxilio de un hombre de mi clase, no caben vacilaciones. *Ahora bien, ¿querrá ampararme? ¿podrá acaso, aunque quiera? Alla veremos... *Tantearé el terreno, veré cómo se presenta *y después... después ¡qué diablo! siempre *me quedará el consuelo de desahogar con *alguno esta pena que me mata.* ¡Ah! Te advierto que tendré que invitarle á comer, ó por lo menos á tomar las once.

VER. ¡Virgen Santísima!

ROB. No tengas cuidado, no aceptará... estoy seguro de que no aceptará... y si aceptara, ya nos veríamos.

ESCENA IV

DICHOS y TOÑA

TOÑA Aquí están las sillas. (Dos rústicas.) Y ahora acabo de ver al señor de enantes, que ha echao pie á tierra en cá de Juanuco el Tochu.

ROB. Dejará allí el caballo y vendrá en seguida. Idos inmediatamente... (A Verónica) Tú estate al cuidado por si llamo; desde la glorieta se oirá perfectamente.

VER. Quede con Dios su merced.

ROB. Hasta luego. (Vase Verónica seguida de Toña por la derecha. Antón, sombrero en mano, la saluda sin que le vea don Robustiano y se va tras ella.)

ESCENA V

DON ROBUSTIANO y DON RAMIRO

ROB. (Sentándose y poniéndose unos guantes muy viejos bordados con tres filas de lentejuelas por el dorso.) Es preciso prepararse para recibir dignamente á huésped tan noble.

RAM. (Sale y hace una reverencia.)

ROB. (Como sorprendido) ¡Oh! (Se levanta.) ¿Tengo el honor de hablar al señor don Ramiro Seis-Regatos y Dos-Portillos de la Vega?

RAM. El honrado soy yo, si me encuentro en presencia del señor don Robustiano Tres-Solares y de la Calzada, como creo.

ROB. Ese mismo soy.. (Le tiende la mano con solemnidad.) Salvo el guante.

RAM. Con la misma salvedad la acepto y correspondo.

ROB. Iremos á casa, si usted gusta. Yo acostum-

bro á pasar aquí las horas de más calor de estos días estivales.

RAM. Lo que prueba su buen gusto de usted.. ¿A qué moverse? Está esto tan hermoso.

ROB. Y aquí podremos hablar á nuestro antojo. Sentémonos, don Ramiro. (Se sientan.) ¿Y á qué debo la satisfacción?...

RAM. He tenido que venir á este pueblo y al vecino á ciertas diligencias, y no quise pasar por su puerta de usted sin darme el placer de estrechar su mano.

ROB. No sabe usted cuánto celebro la ocurrencia que me proporciona la ocasión de brindar al insigne Seis-Regatos y Dos-Portillos de la Vega con toda la adhesión y sincero cariño de mil generaciones de Tres-Solares.

RAM. Ya saben los Tres-Solares que los Seis-Regatos fueron siempre sus amigos.

ROB. ¡Y ojalá que todos los buenos de la Montaña hubiéramos seguido siempre y para toda la misma conducta entre nosotros! Otro gallo nos cantara.

RAM. ¿Lo cree usted así?

ROB. ¿No he de creerlo? ¿Acaso usted lo duda?

RAM. No tal; pero...

ROB. No hay pero, don Ramiro. Una estrecha y cordial inteligencia entre los nobles de cada provincia nos hubiera dado una fuerza considerable. ¿Quién de nosotros está exento de una adversidad, de una desgracia, del tizón de un villano ó del rayo de una tempestad? Las rentas son escasas (pongo un ejemplo), la familia exige atenciones que no se pueden cercenar, ¿con qué se repara el inesperado siniestro? ¿Ha de profanar usted sus timbres poniéndose á especular como un judío ó á labrar la tierra como un miserable ganapán? No, seguramente... ¿Ha de aceptar la humillante limosna de un rústico filántropo? Mucho menos... ¿Ha de vender sus blasones por un puñado de oro? ¡Qué horror!... ¿Qué partido toma usted? He aquí donde está indicada la necesidad de un mutuo auxilio entre todos nosotros.

- RAM. *Magnífico sería: pero precisamente la discórdia ha sido entre las familias de calidad *el pecado más común.
- RCB. *Pecado sublime en las épocas de nuestro *esplendor porque fructificaba en grandes *empresas; pero hoy es distinto, somos pocos, estamos sin fuerzas y nos aqueja un *infortunio común.
- RAM. Veo, don Robustiano, que usted no se ha convencido aún de una triste verdad.
- ROB. ¿De cuál?
- RAM. De que ya pasó nuestro tiempo, de que estamos de sobra en el mundo, de que no hay mas remedio que entregarse á discreción.
- ROB. ¡Cómol ¿Sería usted capaz de transigir?
- RAM. Hombre, así tan en absoluto...
- RCB. ¿Luego transigiría usted en algo?
- RAM. Según y conforme.
- ROB. Precisemos más el asunto. Supongamos que mañana se presenta en casa de usted un zascandil cualquiera, un tabernerillo rico, como quien dice, y le pide una hija en matrimonio, ¿se la concederá usted?
- RAM. Hombre, si el tabernero fuera honrado...
- ROB. ¿Es decir que me concede usted la posibilidad de admitir en su familia un injerto semejante?
- RAM. Perdone usted; hasta ahora no he negado ni concedido nada. Mas ya que de ejemplos se trata, suponga usted á su vez que yo me muero de hambre, que un tabernero rico me pide una hija, que se la niego por ser quien soy; que real y efectivamente me muero mañana y que mi familia sola y miserable va extinguiéndose poco á poco entre congojas de necesidad y estremecimientos de frío. ¿Qué objeto tienen estos sacrificios? ¿Quién me los agradece, quién me los recompensa?... ¿El mundo? El mundo ó no los ve ó se ríe de ellos... ¿Nuestros antepasados? Dan su descendencia por acabada... ¿Nuestra conciencia? A mi me dice la mía que cuando las mundanas vanidades no tienen un objeto trascendental é inmediato, es hasta un delito pagarse de ellas.

ROB. ¡Me asombra usted!... Pero algo les debemos á nuestros iguales. Si uno de nosotros faltase á sus antecedentes, prescindiendo del lustre de la clase ¿qué dirían los demás?

RAM. Ni una palabra.

ROB. ¡Cómo! ¡Usted se chancea! Los orgullosos de Peñascales, por ejemplo.

RAM. Hace seis años que engordan á expensas de un destino de secretario de ayuntamiento que logró el hijo mayor; el segundo recría ganado y la tercera es la esposa de un maestro de escuela.

ROB. ¡Don Ramiro!

RAM. No hay más, don Robustiano.

ROB. ¿Y los encopetados de Rinconeda?

RAM. Han casado la hija mayor con un tratante en carnes.

ROB. *Horror! ¿Y los de Llosagrande?

RAM. *Se han dividido entre los hermanos el mayorazgo, y allí tiene usted de todo: carretero, guardamontes, vago camorrista...*

ROB. ¡Es posible! ¿Y los de Castro-Viejo?

RAM. Han trocado en pajares sus torres almenadas y en dalles y rastillos sus blasones: labran la tierra y rascan la boñiga á su ganado. Y los de Encinar lo mismo, é igual todos los que han podido hacerlo, y los que no, por falta de propiedades, si tienen hijas aguardan al tabernero consabido que cargue con una de ellas y mantenga á los demás, y si no las tienen se irían con el moro Muza que les diera de comer.

ROE. Me deja usted atónito... Según eso, aceptar un noble un préstamo que le es indispensable, de un villano, no es una humillación.

RAM. ¡Qué ha de ser!

ROB. Y si ese villano tiene un hijo y solicita para éste la mano de su hija de usted, al mismo tiempo que ofrece el préstamo, acceder á sus pretensiones, máxime siendo el hijo honrado, me parece una friolera después de lo que he oído.

RAM. Indudablemente. Hablándole con más franqueza que al principio, le diré sin rebozo que

si el tabernero honrado y pudiente de nuestro ejemplo solicitase la mano de una de mis hijas, le concedería las dos y hasta las de las otras tres si la ley me lo permitiera.

ROB. ¿Palabra de honor?

RAM. Palabra de honor. Pero hace usted mucho hincapié en estos supuestos; ¿tiene usted que decidir algo en ese sentido?

ROB. ¡Qué aprensión, don Ramiro! Nada de eso... Verónica está muy libre hasta la hora presente de tener que elegir entre nobles ni entre villanos, y en cuanto á mi casa ¡bahl está más firme que una roca. Usted la verá, porque nos hará el honor de sentarse á nuestra mesa.

RAM. Muchísimas gracias; me es imposible: voy á despachar un asuntillo y montaré á caballo en seguida.

ROB. Al menos tomará usted las once conmigo.

RAM. Bueno, eso sí, ya que usted se empeña. (Levantándose.) A la vuelta ¿eh?

ROB. (¡Dios mío!) (Llamando) ¡Verónica!... Le acompañaré á usted, don Ramiro.

RAM. No se moleste usted, don Robustiano.

ROB. Me corresponde hacer á usted los honores del pueblo.

ESCENA VI

DICHOS y TOÑA

TOÑA ¿Llamaba el señor?

ROB. Sí. Dí á la señora, mi hija, que volveré con don Ramiro á tomar las once. Poned la mesa aquí. (A don Ramiro.) ¿No le parece á usted? Donde usted quiera.

RAM. Pues que se disponga lo necesario.

ROB. (Asombrada.) Este hombre se ha güelto loco.

TOÑA ¿Vamos? (Después de la invitación de cada uno para que el otro salga primero, sale don Ramiro.) (Hay que entretenerle para que no pueda volver.)

ESCENA VII

VERÓNICA, TOÑA y ANTÓN

- VER. ¿Qué quería mi señor padre?
TOÑA Pues naá; ice que va á golver con ese señor á tomar las once... y que pongamos aquí la mesa con too lo que haga falta.
VER. ¡Jesús María! ¿Y de dónde lo vamos á traer nosotras?
ANTÓN (saliendo.) De mi casa, doña Verónica, que estoy yo aquí para sacarla de ese apuro y de todos los que se la ofrezcan. Vete, Toña, y trae todo lo que ha pedido don Robustiano. Gorio te ayudará. (Vase Toña.)
VER. ¿Y qué dirá mi señor padre cuando lo sepa?

ESCENA VIII

VERÓNICA y ANTÓN

- ANTÓN ¿Y qué diría si le dejásemos en vergüenza delante de ese señor?
VER. Eso es verdad.
ANTÓN Yo creo que me agradecerá la fineza, y si me equivoco, es lo mismo... con tal de que no la desagrade á usted.
VER. A mí... naturalmente... ¿Cómo ha de...? Siempre es de estimar una fineza.
ANTÓN Pues bien, ni esto, ni más de otro tanto al simen de ello vale un comino en comparanza de lo que yo haría el día de mañana si usted me respondiera con un sí á lo que el jueves la estipulé bien claro.

Música

- ANTÓN Y al auto de esto
la he de decir
lo más oculto
de mi sentir;

VER.
ANTÓN

pues se acomoda
bien la ocasión
para que la abra
mi corazón.
¡No, Antón!
Como la dije,
no he sido nunca
ni pendenciero
ni bebedor,
y, aunque podría
holgar como otros,
soy un esclavo
trabajador.
Usted lo sabe
que soy así,

¿no es verdad, doña Verónica?

VER.
ANTÓN

¡Sí! ¡Sí!
A usted la quiero
no sé cuánto hace,
y lo he callado
por cortedad;
pero tal hipo
sentí aquí dentro,
que el otro día
no pude más.
Usted á mis ansias
no contestó,

¡si lo hiciera usted ahora!

VER.
ANTÓN

¡No! ¡No!
Como usted quiera
no habrá en el mundo
quien á dichosa
la gane á usted,
pues yo soy dulce
como un cordero,
aunque el decirlo
no me esté bien.
Usted conoce
que esto es así,

¿no es verdad, doña Verónica?

VER.
ANTÓN

¡Sí! ¡Sí!
¡Qué hermosa vida,
qué cielo abierto
si usted quisiera

premiar mi amor!
Soy algo tosco;
pero no importa,
porque usted haría
de mí un señor.
Como usted quiera,
tal seré yo;
diga usted media palabra...

VER.
ANTÓN

¡No! ¡No!
Si usted no me quiere,
me voy á morir...
¡Ay, doña Verónica,
diga usted que sí!

ESCENA IX

DICHOS, TOÑA y GORIO

Hablado

TOÑA
ANTÓN

Aquí está esto
¡Hala! ¡Halal! Pues á ponerlo en seguida. (Los
cuatro á la tarea. Ponen en una mesa un mantel blan-
quísimo y encima dos fruteros elegantes con diversas
frutas, dos bandejas de plata con pasteles y bizcochos,
cuatro botellas, platos, copas, servilletas y cuchillos.)

TOÑA

¡Cudiau que está de lo bien! Se va á quedar
el señor estupefacto... Allí viene, allí vie-
ne... Si primero acabamos...

ANTÓN

Pues yo me retiro, con el permiso de usted;
pero no andaré lejos. (Vase.)

ESCENA X

VERÓNICA, TOÑA, ROBUSTIANO, RAMIRO y GORIO

RAM.

Repito, mi señor don Robustiano, que por
lo tocante á ese asuntillo no ha sido perdido
mi viaje; al contrario, pues que el hallarse
ese buen hombre ausente del lugar me per-
mite dedicar á usted algunos minutos más
de los que habíamos calculado. Lo peor es
para él que tendrá que ir á verme á mi casa.

- ROB. Pues no se hable más de lo que yo creía un contratiempo para usted, y si en tan corto rato ha podido Verónica, que acaso no habrá podido... (Repara en la mesa.) ¡Ah, sí! (¿Estoy soñando? ¿Qué significa esto?)
- RAM. (Fijándose también.) ¡Hola! ¡Hola! ¿Sabe usted, mi señor don Robustiano, que es bien de lamentar para mí que lo apurado del tiempo no me permita hacer los honores debidos á tan espléndido agasajo?
- ROB. (Con gran turbación.) ¡Pshé! Una friolera.
- RAM. ¡Caramba con las frioleras! ¡Me río yo!
- ROB. (Presentando á Verónica.) Mi hija.
- RAM. Tengo á grandísimo honor ofrecer mis respetuosos homenajes á la ilustre dama de tan egregia familia. (Verónica hace una reverencia.)
- ROB. Ahora sentémonos, señor don Ramiro.
- RAM. Sólo unos instantes, señor don Robustiano. (Se sientan. Don Robustiano con mucho temor.)
- GORIO ¿Qué vino quiere el señor?
- ROB. (¿De dónde ha salido este sirviente?)
- GORIO ¿Jerez? ¿Manzanilla? ¿Pedro Jiménez? ¿Málaga?
- ROB. Usted dirá, don Ramiro.
- RAM. Pues, hombre, venga Manzanilla, para hacer boca.
- ROB. (A Gorio, con temor.) Sirve Manzanilla (Gorio sirve.)
- RAM. (Reparando en las bandejas.) ¡De plata! Pues si es de ley, no está el hidalgo este tan arruinado como le supone la fama.)
- ROB. (Esto huele á Zancajos que apesta.. ¡Tunantes!)
- RAM. (Notando que Verónica está de pie.) Pero yo no puedo consentir que esta señora esté de pie, mientras que yo... (Se levanta.)
- ROB. Es costumbre suya en tales casos, señor don Ramiro; y como, además, no prueba vinos ni licores... (Le obliga á sentarse.)
- RAM. (Enderezándose de nuevo y levantando la copa.) Brindo á la salud de los Tres Solares y de la Calzada.
- ROB. Brindo por la de los Seis-Regatos y Dos-Portillos de la Vega. (Bebe y disimuladamente lo es.

cupe.) Otra copita, señor don Ramiro... y unos bizcochos... y este melocotón. (Se lo va sirviendo.)

RAM. Pero usted quiere acabar conmigo, señor don Robustiano. (Gorio le sirve el vino, y él no desaira nada. Este juego puede reproducirse en silencio un corto rato.)

ROB. ¿Alguna otra cosita más? Vamos, una copa de moscatel para mojar los bizcochos.

RAM. (Comiendo.) Señor don Robustiano, repito que no puedo más.

ROB. (¡El pobre! Que saque la tripa de mal año. La tiene tan vacía como yo.) Estas parvidades no ocupan lugar, don Ramiro, y además Dios sabe cuándo usted y yo nos veremos en otra... quiero decir, reunidos.

RAM. Ea, ni un sorbo, ni una golosina más, si ustedes no se ofenden de ello. Déjenme huir de la tentación y consideren que el tiempo me apura mucho. (Se levanta.) Un millón de gracias por sus bondades y permítaseme que les deje, aunque con harta pena, y que me ponga en camino de mi casa, que es largo.

ROB. Usted es el que manda, señor don Ramiro.

RAM. (Inclinándose) ¡Doña Verónica! (Verónica contesta con otra inclinación.)

ROB. (Estrechándole la mano.) Crea usted que me deja obligadísimo con el honor de su visita, y le prometo pagársela en breve.

RAM. No le perdonaré á usted si falta á la palabra que me empeña. (¡Menudo portazo te aguarda si la cumples!) (Vase.)

ESCENA XI

VERÓNICA, TOÑA, DON ROBUSTIANO, GORIO y TORIBIO. Verónica, Toña y Gorio quitan la mesa

ROB. (¿Preguntaré de dónde ha salido todo esto? No; mejor es ignorarlo... Todos han prevaricado. ¿A qué conduciría mi inflexibilidad? ¿Quién podrá tomar por agravio á la clase el enlace de Verónica con Antón? Nadie... Sin

- embargo, mi propia sangre, mi propio carácter... pero no los debo oír.)
- TOR. (Debe estar en sazón: me haré el encontradizo.)
- ROB. (Viéndole.) Hombre, Toribio, me alegro verte, tengo que hablarte.
- TOR. Usted dirá, señor don Robustiano.
- ROB. Toribio, tú debes saber que hay algo en el hombre más fuerte que su voluntad.
- TOR. Sí, señor; el genio.
- ROB. Precisamente, y por eso ayer estuve contigo quizá más severo de lo que yo hubiera deseado.
- TOR. Pues pelillos á la mar, don Robustiano. Apuradamente tengo yo un carácter que se pinta solo para no tomar á pechos ciertos desabogós. Conque no se hable más del asunto y dígame en qué puedo servirle.
- ROB. Voy allá. Ya sabes la desgracia ocurrida ayer en mi casa: tú la presenciaste.
- TOR. Sí, señor.
- ROB. Yo tengo recursos para llevar á cabo la reparación. ¡No me lo negarás!
- TOR. ¡Cá, no, señor!
- ROB. Pero esos recursos son raíces, propiedades que rinden intereses, mas con lentitud y parsimonia, ¿no es así?
- TOR. Mucho que lo es
- ROB. Por lo tanto, no puedo disponer en el acto de la cantidad necesaria para acometer inmediatamente la obra, ¿eh?
- TOR. Cabales.
- ROB. Luego que, á cuenta de mis fincas, si no alcanzasen mis rentas, proponga yo á Juan ó Pedro un anticipo, nada tiene de particular.
- TOR. ¡Qué ha de tener! Y en prueba de ello vuelvo hoy á poner á su disposición de usted cuanto dinero necesite para el caso.
- ROB. Gracias, Toribio... Y para que veas que correspondo dignamente á tu oferta, la acepto desde luego.
- TOR. ¡Bien, candonga! Así me gustan á mí los hombres, francos y descubiertos. Pida usted ahora por esa boca, que de fijo será medida.
- ROB. (Con temor.) En cuanto á garantías...

- TOR. Una sola me basta, don Robustiano.
- ROB. ¿Cuál?
- TOR. Que toque usted estos cinco.
- ROB. (Después de vencer su repugnacia.) Toco y estimo.
- TOR. En cuanto á cantidad usted la fijará, así como el momento de la entrega... Pero antes de tratar de estos puntos secundarios, quisiera yo recordarle otro que dejamos pendiente ayer.
- ROB. En cuanto á ese asunto, he resuelto que te entiendas con la persona á quien exclusivamente importa en mi casa... ¡Verónica! (Los criados que lo han recogido ya todo, se retiran. Verónica se acerca con timidez.)
- TOR. (¡Poder de la necesidad!) Doña Verónica, como me consta que usted conoce las intenciones de mi hijo respetive á usted, he tenido la honra de pedir á don Robustiano su mano de usted para Antón, y su señor padre me contesta que deja á la voluntad de usted el asunto. ¿No es así, señor don Robustiano?
- ROB. (Entre dientes y volviendo la espalda.) Sí.
- TOR. Conque usted dirá... (Verónica mira á todos lados y calla. Don Robustiano pasea.) Usted dirá...
- VER. Yo... yo... si mi señor padre es gustoso...
- ROB. (Siempre paseando.) ¡Hum!
- TOR. Dice que sí.
- VER. Pues entonces yo también.
- TOR. ¡Gracias á Dios!... ¡Ah! La obra del palacio corre prisa, tanto que yo la empezaría mañana. Ustedes no puede vivir allí con el jaleo que se va á armar y puesto que todos somos unos. .
- ROB. ¡Todavía no!
- TOR. Quiero decir que lo seremos, y en esta inteligencia, espero que ya no rechazarán mi casa.
- ROB. ¡Decente estaría eso! ¿No te parece? Después de lo que habeis arreglado, ir á meterse esa allí.
- TOR. Hay un buen remedio: anticipemos el beben. Que no se aplace más que el tiempo justo para que el señor cura los pregone y vaya Antón á Santander por las galas de la

novia, que, se lo aseguro á usted don Robustiano, han de dar vergüenza al sol, y se adorne un poco la mejor pieza de la casa para alojar á la que ha de ser reina y señora de ella... y otra más, si no ofende, para el rey, su señor padre, mientras se acaban las obras de su palacio.

ROB. ¡Toribio! No insistas en esa locura que me mortifica... (Desdeñoso) En lo otro podeis hacer lo que os dé la gana.

TOR. Pues no se hable más del caso por hoy, y estimando lo demás, señor don Robustiano... Corro ahora mismo á avisar á Antón... Parece que lo ha oído: por allí viene... ¡Antón! ¡Antón!

ESCENA XII

DICHOS y ANTON

ROB. (Esta alegría bulliciosa me crispa los nervios.)

TOR. (A Antón.) Mírala... Doña Verónica... mírala... tuya es ..

ROB. ¡Será! Será... si Dics quiere: no lo es aún.

ANTÓN Pero ¿es verdad, doña Verónica?

TOR. ¿Qué doña. . si va á ser tu mujer?

ROB. Sí... ¡doña! ¡doña!... ¡no faltaba más!

ANTON Pero ¿también después que me case voy á llamarla así?

ROB. Ella verá entonces si te apea el tratamiento.

TOR. Te le apeará. (Formando un grupo los tres. La orquesta entona, muy piano, el tema heroico transformado.)

ROB. (Parece que oigo una voz que me grita: Caín solariego, ¿qué has hecho del lustre de tu familia? Dios de justicia, si obré con menzua, haz que caiga toda sobre el siglo que me abandona, ¡no sobre mis timbres preclaros! ¡no sobre mí, que sucumbo al rigor del infortunio! (Lleva el pañuelo á los ojos, y sale. Los demás le siguen.)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

La iglesia del lugar rodeada de árboles

ESCENA PRIMERA

EL ALCALDE, el MAESTRO, una comisión de Concejales, MOZAS,
MOZOS y CHICOS

Música

CORO Ya se oye á los danzantes,
la boda está aquí ya,
que suenen los panderos
y echemos un cantar.

¡Hale, muchachos!
Vamos allá;
los novios vienen,
vaya el cantar.

UNAS De los novios de este pueblo
aquí está la flor y nata.

TODOS ¡Válgale el señor San Roque!
¡Nuestra Señora le valga!

UNAS La merece y se la lleva
á la más linda muchacha...

TODOS ¡Válgala el señor San Roque!
¡Nuestra Señora la valga!

UNAS Los dos son de lo más bueno
y la dicha les aguarda.

TODOS ¡Válgales el peregrino!
¡Nuestra Señora les valga!
Sol devino de estos valles
deja el oscuro retiro,
que á buscarte fué el lucero
que va á casarse contigo.

ESCENA II

DICHOS. VERÓNICA, (1) la MADRINA, ANTON, DON ROBUSTIANO, TORIBIO y danzantes

(Entran los danzantes bailando. Verónica y don Robustiano bajo los arcos. Los otros detrás. Se detienen hasta que acaban de bailar los danzantes. El Maestro da en voz baja órdenes á los chicos. Salen los monaguillos con los incensarios á la puerta de la iglesia. Adelantan el Alcalde y Concejales)

Hablado

ALCALDE ¡Oh, devinos misterios! ¿Qué miro? ¿Qué arreglo? ¿Son fantasías de mis ojos? No, que seís vusotros que veneís, vusotros lo más inflante de mis... vasallos, á uncirvos para sinfinito en la santa... metropolitana... parroquial... Yo y la comisión del monicipio que aquí de cuerpo presente existe, vos... vos... inciensamos, vos requerimos y ensalzamos para que sea enhorabuena y por la gloria que vos deseo. Tal digo con tal fecha.

CONC. (Inclinándose.) La Comisión otorga.

MAESTRO Ahora el himno, el himno compuesto por mí, letra y música. ¡A una!

Música

(Los chicos se forman en dos filas hasta la puerta de la iglesia. Pasa entre ellos la comitiva tapándose los oídos.)

CHICOS Se casan los señores
se casan ante Dios,
colmados de favores
veamos á los dos.

(1) Como Verónica no habrá tenido tiempo de mudarse de traje, saldrá en su lugar una contra figura, que procurará cuidadosamente que el público no la vea la cara.

Ahí va doña Verónica,
al lado de ella Antón,
detrás don Robustiano,
y sigue la función.

(Entran en la iglesia todos menos algunas mozas y
mozos. Cesan las campanas.)

ESCENA III

MOZAS y MOZOS

HOM. Pues en la iglesia
 no caben más,
 vente, muchacha,
 ven á bailar.

Muj. Pues en la iglesia
 no caben más,
 mientras se casan
 hay que bailar.

HOM. (Eligiendo parejas.)
 Tú conmigo...
 ven acá...
 Yo con esta...
 Tú con Juan...

Muj. Ya dispuesto
 todo está,
 puede el baile
 principiar.

TODOS Anda, Nela,
 toca ya.

UNA SOLA (E baile á lo bajo.)
 Una palomita blanca (1)
 como la nieve
 á la orilla del río
 á bañarse viene.

DOS SOLAS A la puerta del molino
 hay un ratón con un diente
 mirando á la molinera
 cómo sorbe el aguardiente.

(1) Casi será innecesario advertir que todos los de este número
son cantares populares.

- TODAS El peral del molino
no tiene peras
que se las ha comido
la molinera.
- HOM. Me llevan quinto,
mi madre llora,
la mi morena
se queda sola,
y yo la digo
que no me aguarde
que cuando vuelva
será ya tarde.
- UNA MUJER Una palomita blanca
como la nieve
á la orillita del río
á bañarse viene.
- (Baile á lo alto)
- UN HOM. Anoche estuve en tu puerta,
tres veces piqué al candado,
tú para tener amores
tienes el sueño pesado.
- DOS HOM. Arriba, montañesa salada,
arriba, no te caigas al agua.
- HOM. Dicen que si te quiero
pierdo la vida,
piérdola por mi gusto,
va bien perdida.
Niña hermosa,
dame el sí.
- MUJ. No está mi madre en casa,
vuelve por aquí.
- HOM. Niña hermosa,
dame el sí.
- MUJ. Tu amor y tu constancia
no me ponderes,
que te conozco mucho,
que sé quien eres.
No he de darte
nunca el sí.
- HOM. Ya encontraré, sí quiero,
otra por ahí.
- UNA MUJ. Anda y dila á tu madre
que te empapele.
- TODAS ¡Aire!

HOM. La luna y el sol sale.
UNA Los pajaritos cantan,
divierten á mi amor.
TODAS ¡Aire!
HOM. La luna y el sol sale.
TODOS Date la vuelta,
dala, salero,
¡viva mi novia!
¡viva mi pueblo!

Hablado

TODOS ¡Ya salen! ¡Ya salen!
(Los danzantes forman arcos á la puerta de la iglesia.
Sale la boda. Primero Verónica y Antón, después don
Robustiano solo muy tieso. Detrás, madrina, Toribio,
Alcalde, Maestro, etc., etc.)

ESCENA ÚLTIMA

TODOS LOS PERSONAJES DE LA OBRA

UNO ¡Vivan los novios!
TODOS ¡Vivan!
TOR. ¡Viva don Robustiano Tres-Solares y de la
Calzada!
TODOS ¡Viva!
MAES. (Sacando un papel.) Con el permiso de la esco-
gida concurrencia.
TODOS ¡Coplas! ¡Coplas del Maestro!
MAES. (A Toribio.) ¡Infelices! Lllaman coplas á todo
lo rimado, y ni siquiera distinguen el arte
mayor del arte menor, ni el eptasílabo del
pentasílabo.
TOR. Bueno, bueno... Lea usted si quiere.
MAES. Allá va... ¡Silencio!... (Lee.) «Versificación de
epitalamio en doce pies de verso desigua-
les, conforme á reglas, discurrida por Canu-
to Prosodia, maestro de instrucción prima-
ria elemental de este pueblo, y dedicada á
la mayor preponderancia, majestad y en-
grandecimiento de la ilustre doña Verónica
Tres-Solares y su excelso consorte don An-

tonio Mazorcas (vulgo Antón, por apócope)
hoy día de sus nupcias ó esponsales, primero de Septiembre del año corriente.

Salgan á luz los astros naturales
y las estrellas,
y cante la rajuca en los bardales
y las miruellas;
que doña Verónica, pues, con don Antonio
en este día
ya las nupcias contrajo ó matrimonio,
con sinfonía.
Que el cielo les derrame bendiciones
es mi deseo,
y que tengan los hijos á montones.
Amén. Laus Deo.»

TODOS	¡Muy bien! ¡Muy bien!
ALC	¡Cómo pone la pluma este hombre!
ANTÓN	¡Ay doña Verónica... digo, Verónica! ¡Qué dichoso soy! ¿Y usted?.. digo, ¿y tú?
VER.	También, también soy muy dichosa.
ROB.	¡Que estais delante de la gente! Deja esos arrumacos en público para las tarascas del lugar: acuérdate de quien eres.
TOR.	Ahora á mi casa; allí hay comida y bebida para todos, y que no cesen los cánticos y el baile hasta la noche. Quiero que quede memoria de esta boda pa sinfinito.
TODOS	¡Viva! ¡Viva!
TOR.	¿Vamos, don Robustiano?
ROB.	Sí; iré á comer.
TOR.	Y á dormir, y á todo. Usted no sale ya de mi casa.
ROB.	Mientras en la mía quede una teja que me ampare contra las intemperies, no han de reposar mis hidalgos miembros en el hogar ajeno. *Te hago la justicia de concederte *que son tus intenciones las mejores del *mundo al brindarme con tu casa y al de- *dicar á mi hija el fausto que la dedicas *hoy; aun más, te lo agradezco; pero no de- *ben tus ambiciones llegar hasta el punto *de pretender que yo autorice con mi pre-

*sencia ciertos excesos y transija con otros
resabios incompatibles con mi carácter.
Deja el tiempo correr y entonces veremos
si en mi propia casa me es dable aceptar de
buen grado lo que hoy, de pupilo en la tuya,
me sería intolerable.

TOR. Pero piense usted, que va á dar un disgusto
grandísimo á su hija.

ROB. Mayor le tendré yo en mi soledad... Lo co-
nozco en lo que empiezo á sentir aquí, que
no he sentido hasta hoy... como también
empiezo á ver ¡pásmate, Toribio! que hay
algo en el mundo más digno de admiración
que nuestros timbres heráldicos. . Tu mis-
mo, sin argumentos pomposos, sin ruidosa
palabrería, me estás haciendo comprender,
y me deleito en confesarlo, que existe una
nobleza más ilustre, más grande, más vene-
randa que la de la sangre, que la de los per-
gaminos: la nobleza del corazón.

FIN DE LA OBRA

Los ejemplares de esta obra se hallan
de venta únicamente en el domicilio de
la *Sociedad de Autores Españoles*, Flo-
rín, 8, bajo, considerándose como frau-
dulento todo el que carezca del sello de
dicha Sociedad.